

L-293-1

SECCIÓN DE BELLAS ARTES

DEL

ATENEEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID

FM2194

DISCURSO

LEÍDO EN LA APERTURA

DE LA

SECCIÓN DE BELLAS ARTES

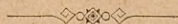
DEL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

POR EL

EXCMO. SR. CONDE DE MORPHY



Reg. 1958

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, 8

1886

SEÑORES:

Antigua y autorizada costumbre es la de dirigirse el autor al público en el prólogo de un libro, tratando de sintetizar su pensamiento para hacerlo más comprensible, explicando las causas ó móviles que le han inducido á escribirlo, ó los resultados que en bien de los conocimientos humanos espera obtener de su publicación.

Si para hombres doctos y experimentados en trabajos literarios es difícil exponer un tema con claridad y brevemente, ¿cómo no ha de serlo para mí, novicio en estas materias, y que recibo el inmerecido honor de hablar en público, por primera vez en mi vida, ante este ilustrado concurso, en esta cátedra que han enaltecido con su inteligencia ó con su palabra los nombres más gloriosos en la república de las ciencias, de las letras y de las artes? No se me oculta, pues, la difícil y espionosa situación en que me coloca este cargo de Presidente de la Sección de Bellas Artes del Ateneo; pero, al aceptar distinción tan honrosa, puedo asegurar que no cedí á estímulos de vanidad pueril, más propios de la juventud que de quien ve ya lejana la edad de las ilusiones. Á más altas y nobles aspiraciones obedece mi presen-

cia en este sitio: al deseo de poner una piedra en el edificio de nuestro renacimiento artístico; al firme propósito de contribuir en cuanto pueda y sepa al bien del arte y de los artistas españoles. Á esto únicamente debéis atribuir que hoy tenga el honor de dirigiros la palabra, venciendo los escrúpulos de una modestia tanto más sincera, cuanto que se funda en la convicción de que si el glorioso ideal á que aspiro está muy alto, son muy débiles mis fuerzas para llegar hasta él y realizarlo.

Hoy, que el deber me obliga á corresponder á vuestros favores, he de llamar vuestra atención sobre un punto que me parece de grande importancia para el porvenir artístico é industrial de nuestra patria. Si mis ideas son verdaderas, si consigo expresarlas como deseo, ellas fructificarán, y vosotros, los que aún tenéis la dicha de ser jóvenes, podréis ver cumplida esa ilusión de la España artística moderna, que ha sido aspiración de toda mi vida, y que seguramente no veré realizada; porque la educación que exige en todas las clases sociales es obra larga y corresponde á ideas distintas de las que dominan en la mayoría de los ánimos españoles. Si mi trabajo os parece obscuro ó vulgar, culpa mia será, no de la causa que defiendo. En tal caso, vuestra cortesía disculpará el error de quien ha sabido callar tantos años, y sólo obedeciendo á vuestra indicación se atreve á hablar hoy confiado en vuestra benevolencia.

Ya habréis comprendido que me propongo discurrir sobre el arte español en general, y particularmente sobre nuestras artes suntuarias, hoy llamadas industrias

artísticas. Las breves observaciones que he de presentar á vuestra consideración, fruto de algunos años de viajes y estudios, irán tal vez desnudas de las galas de la elocuencia, á que no pueden aspirar mi escaso ingenio y humilde pluma: además sería locura tratar de complacer con oropeles á quien está acostumbrado á oro finísimo.

Huiré, pues, del escollo de ensalzar lo pasado, sin resultado alguno para lo presente, y preferiré acogerme al amparo de vuestra autoridad, para que, si juzgáis acertadas mis palabras, les déis el prestigio de vuestro apoyo.

Una Sociedad como el Ateneo, que tanto contribuye á realzar la gloria intelectual de España, que puede considerarse como uno de los más poderosos núcleos de nuestra civilización, no sólo por la calidad de las personas que ilustran sus cátedras, sino por la benéfica tolerancia con que en ella se discute, bien puede aspirar á que el resultado de sus trabajos sea, no sólo glorioso para la patria, sino también útil y beneficioso para los españoles.

De todos los pueblos de Europa, tal vez ninguno tiene condiciones tan favorables al desarrollo artístico como el nuestro. Por la variedad de su suelo y de su clima, por la índole y costumbres de sus habitantes, por la historia de las diversas razas que aquí han combatido y dominado, ofrece España un conjunto de tradiciones y de hechos heróicos más propios del dominio del arte y de la poesía que de la vida real. Por esto los extranjeros, y principalmente los pueblos del Norte,

nos consideran á la par, y aun algunos con preferencia á Italia, como tierra clásica del romanticismo.

Prodigiosa y en extremo pintoresca es la variedad que ofrecen nuestras provincias. Recorred el país vascongado: ved sus pintorescos valles, montañas y playas; oid sus melancólicos ó enérgicos zortzicos; observad la fe religiosa y el indomable arrojo y valor de sus habitantes en la guerra, sus costumbres patriarcales, francas y sencillas, y ved cuánto se diferencia de las risueñas rías de Galicia y de sus pobladores sufridos y laboriosos, ó de las ásperas montañas de Asturias y de Castilla, donde en las romerías, en los bailes, en los severos y primitivos cantos populares vive aún el espíritu de los primeros siglos de la Reconquista.

¡Cuán violento contraste ofrecen estas provincias con las extensas llanuras castellanas cubiertas de doradas mieses, con sus antiguas ciudades cercadas de vetustos y venerandos muros, ó con la vigorosa tierra extremeña, yunque donde se forjaron los descubridores y conquistadores de un nuevo mundo; y llegad, por último, á las floridas vegas de Andalucía, Valencia y Murcia, cuadro oriental en el que todo habla á vuestra imaginación de la dominación mahometana!

¡Aragón! ¡Cataluña! ¡Navarra! por todas partes recuerdos gloriosos, monumentos augustos de pasados tiempos. Todo respira arte, grandeza, poesía. El espíritu más prosáico se eleva en alas del entusiasmo ante tan maravillosa variedad, que viene en conjunto á formar la nación española. Si la Poesía, la Música y la Pintura encuentran ancha fuente de inspiración en ha-

zañas, leyendas, monumentos, cuadros de la naturaleza y cantos populares, la Arquitectura y la Escultura tienen, para dar cuerpo á sus creaciones, rica variedad de mármoles y minerales en el seno de nuestras montañas, donde abundan también los dos grandes elementos de la industria moderna: el hierro y el carbón, talismanes maravillosos con los cuales ha realizado el hombre prodigios que obscurecen los de los héroes de la antigua fábula.

Por esta razón ha tenido España en la esfera del arte personalidad tan marcada, que pueden igualarse sus glorias con las de Italia, fuente de perpetua luz, cuyo manantial parece inagotable.

Nuestro Romancero, nuestro Teatro, nuestra poesía lírica, nuestros filósofos, nuestros ascéticos, moralistas, novelistas y satíricos, son genuina expresión de nuestra manera de ser, de pensar y de sentir en los diversos períodos de nuestra historia, así como nuestros monumentos revelan las creencias y costumbres nacionales, y nuestros pintores vienen á completar el admirable conjunto del arte español.

¿Pero qué elementos han formado este todo tan característico de nuestra sociedad? Permitidme, señores, que llame vuestra atención sobre un punto que, aunque muy debatido, no aparece en mi concepto clara y definitivamente afirmado, siendo para mí tan evidente que juzgo pueda calificarse como una de aquellas verdades que se llaman vulgarmente de clavo pasado. Si es cierto que el todo se compone de las partes que lo forman, tiene que serlo también por lógica inflexible de

la verdad y de la Historia, que el arte español se ha constituido con elementos suministrados por los diversos pueblos que en España dominaron. Así como el cruzamiento de razas produce sus efectos en el orden fisiológico, en el moral é intelectual y en sus diversas manifestaciones queda impreso el sello peculiar de una raza ó de un pueblo en el que tanto influyen su religión, el clima y las costumbres. Por esto, y cualquiera que sea la huella que hayan podido dejar en nuestro derecho, en nuestra sociedad y en nuestra lengua la raza ibérica y la dominación romana, en mi humilde criterio la historia intelectual de España, en lo que tiene de más genuino y característico, empieza en el período de la Reconquista. En él aparecen en nuestro suelo los elementos árabe y germano, que en lucha de más de siete siglos y por continuo trato y compenetración, vienen á formar la sociedad española del siglo xv, época en la que coincide, con la unidad nacional, el período más brillante y admirado de nuestra historia. No temáis que entre en enojosas investigaciones arqueológicas. Ni es mi propósito la polémica, ni considero éste como trabajo científico: mi objeto es completamente práctico, y solamente como confirmación de su utilidad os rogaré que me acompañéis en la breve reseña que intentaré de la historia del arte español: así podremos darnos cuenta del inmenso horizonte que, como consecuencia de tal pasado, se ofrece en lo porvenir á nuestras artes y á nuestra industria artística.

Sepamos lo que fuimos, y veamos lo que somos para conjeturar lo que podríamos ser. Ni he de hacer alarde

de fácil erudición, ni os molestaré tratando las innumerables cuestiones suscitadas en libros de historia, de literatura ó de arte, sobre la influencia predominante del elemento latino, germánico ó árabe. La historia, el buen sentido y los monumentos nos dicen claramente que de todos ellos se ha formado nuestra sociedad y nuestra cultura intelectual.

Todos conocéis la historia de la dominación goda en España. Sólo os recordaré la heterogénea población de la Península en el momento de la invasión árabe, y el estado á que había llegado aquella monarquía; circunstancias que explican la rápida conquista de Tarik y la facilidad con que aceptaron los españoles la nueva dominación. Para comprender cómo de un pueblo degenerado y corrompido pudo formarse el núcleo vigoroso, cuya perseverancia y fortaleza llegó desde los ásperos montes de Asturias hasta las torres de Granada, hay que recordar aquellas primitivas Asambleas generales de los germanos á que asistían armados todos los hombres libres. Reuníanse en los plenilunios: los sacerdotes concedían ó retiraban la palabra á los más importantes caudillos, y la concurrencia manifestaba su aprobación con el choque de las armas.

La monarquía de Pelayo y de sus sucesores no podía asemejarse á la fastuosa corte visigoda de Toledo. Encerrado aquel exiguo y heróico grupo en montañas casi inaccesibles, garantía de su defensa, tenía que limitarse á los escasos recursos de la agricultura y la ganadería, haciendo la vida ruda y laboriosa del soldado

labrador que ha de defender con las armas los frutos de la tierra necesarios á su existencia. En tal estado de incertidumbre y de pobreza, es evidente que la reconquista no hubiera sido posible si no se hubiera constituido el núcleo de la futura nación con la fuerza que dan la fe ardiente, el patriotismo exaltado con la derrota y el prescindir de toda mira egoísta en pro de un pensamiento levantado.

Purificadas las ideas y las costumbres por la desgracia y por el género de vida que las circunstancias imponían, la influencia del dogma cristiano y la del clero que lo predicaba debieron ser poderosísimas. El espíritu guerrero de los antiguos habitantes de la Escandinavia volvió á renacer como en pasados tiempos, y aliándose á él la fe religiosa, creó las monarquías de Asturias y León, vigorizadas por la fe y el patriotismo, rudas en sus artes y costumbres, y en las cuales, al recoger las tradiciones del reino godo destruído, habían de irse modificando y transformando todas las manifestaciones políticas, sociales y artísticas á impulso de nuevos principios impuestos por las circunstancias. El Rey, el Clero, la Aristocracia y el Pueblo son los factores de la nueva organización, cimentada en la unidad de razas y en el derecho del monarca á repoblar los pueblos conquistados, formando una especie de colonización militar y civil cuyos elementos se prestasen mutuo y poderoso auxilio para recuperar el suelo de la patria.

No he de fatigaros tampoco examinando las diferencias entre la doctrina cristiana y la mahometana, porque todos las conocéis y porque no es necesario á

mi propósito. Bástanme algunas indicaciones generales que señalen bien los rasgos característicos de dos razas que, con diversa religión y civilización diferente, han contribuído tanto á formar el arte español, aunque éste haya podido recibir al mismo tiempo influencias de otras ideas y de otros países.

Oigamos al Profeta predicando la guerra santa y prometiendo á sus guerreros la felicidad del Paraíso:

"Apoderaos de los enemigos de Dios, les decía; atadlos con cadenas de 70 varas; arrojadlos en la humareda del infierno que se levanta hasta el cielo en tres columnas altísimas, y ni les da sombra ni los preserva del fuego devorador, etc., etc.

"Pero no todo será terror en aquel día. Los creyentes verán cumplidas las promesas é irán al Paraíso á gozar de eterna bienaventuranza, sentados en verdes praderas sobre almohadones recamados de oro. Allí reposarán debajo de plátanos frondosos y de lotos sin espinas, al borde de murmurantes arroyos, donde no sentirán calor ni frío.

"Fresca sombra los cubrirá, y los frutos caerán sobre ellos desde las ramas. Estarán vestidos con ropas de seda verde bordadas de oro y adornados con brazaletes de plata. Mancebos inmortales les escanciarán en vasos de cristal un vino que hace perlas y que no turba la razón, y vírgenes de grandes y negros ojos serán su recompensa."

Sobre tales bases no era posible fundar una sociedad espiritualista como la cristiana, sino profundamente epicúrea.

Si el mahometismo fué un progreso, porque arrancó á la idolatría millares de hombres convirtiéndolos al monoteísmo, también ensalzó la predestinación y la doctrina fatalista; y la predicación de la humanidad, la pobreza y la limosna no evitaron la constante aspiración del mahometano al ideal paradisiaco de goces materiales en esta vida, como consecuencia de la victoria, y en la otra si muere en el combate.

Al venir á España trajeron los árabes la tradición de la filosofía griega y de las ideas platónicas y aristotélicas, sobre las cuales se desarrolló su cultura filosófica, sin que ésta, reducida al círculo erudito, penetrara en el pueblo ni ejerciera influencia en las costumbres ó en las artes. Así vemos que los escritos de Avenpace, Tofail y Averroes, admirablemente analizados por el Sr. Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas en España*, prueban que aquellos autores ni habían comprendido genuinamente el sentido íntimo de la filosofía helénica, ni sus libros podían ejercer gran influencia sobre la mayoría de un pueblo que creía encontrar en el Korán todo cuanto el hombre necesita saber. Por eso el arte árabe se desarrolló aquí con independencia de la filosofía y de la estética contenida en aquellos tratados, dejando representada su índole especial en la Poesía y en la Arquitectura.

Los cantos beduinos, producción espontánea del pueblo, son los modelos de donde nacen las *Kásidas* en que el poeta expresa sentimientos guerreros ó eróticos, fiel trasunto de la vida real y de acción de hombres cuya energía se avenía mal con las abstracciones de la

filosofía antigua. La embriaguez del amor y la del vino; el combate, las armas, los caballos, los elogios á los Califas dadivosos, las sátiras ó censuras á los avaros son los asuntos más frecuentemente tratados en tales composiciones, sobre todo en su época primera.

En cuanto á la Arquitectura, nada concuerda tanto con el ideal de la vida del Oriente como los edificios que nos quedan de la dominación musulmana. Aquellos palacios de planta baja y ligera, pero científica é ingeniosamente dispuestos para el modo de vivir de sus moradores; aquellos muros exteriores, lisos y blanqueados, que ocultan las riquezas y la vida interior aun á los propios amigos; aquellas estrechas alcobas ó aljamíes, colocadas en el fondo de las habitaciones para favorecer el sueño en las calurosas siestas ó noches del estío, con auxilio de la poca luz, del fresco y del murmullo del cercano surtidor; las luces altas, los extensos patios y jardines interiores; la abundancia de agua por todas partes, que, al facilitar el cumplimiento religioso de las abluciones, era elemento de salud y de limpieza, no comprendido aún en nuestro tiempo por pueblos que se creen muy civilizados; los trajes bellos é higiénicos, como los del mundo antiguo; los baños, los perfumes, la riqueza de las armas, telas y tapices, todo en la vida interior del palacio árabe revela la índole epicúrea y artística de un pueblo que, sin exceso de afeminación, había sabido limitar sus necesidades y caprichos, encontrando la forma más práctica y bella de satisfacerlos. En cuanto á la ornamentación arquitectónica, fuerza es confesar que jamás arte alguno sacó de la geometría tan inmenso cau-

dal de combinaciones. Las complicadas labores y dibujos que, enlazados con los preceptos del Korán, recrean agradablemente la vista, por más que sean testimonio de la fe musulmana, demuestran claramente que aquellas alegres y ricas estancias se consideraban como destinadas al descanso ó al placer, más bien que á la oración.

Para comprender la diferencia entre la Arquitectura religiosa mahometana y la cristiana, veamos lo que dice uno de los más celosos investigadores en esta clase de estudios: "Conocido el monoteísmo absoluto del Korán, explícate lógicamente la estructura de la mezquita, que no es el templo pagano, con la *Cella*, donde se alberga el numen, ni la iglesia cristiana de la Edad Media ó del Renacimiento, sino sencillamente el lugar donde los creyentes se reúnen para pensar en Dios. Conocidas al par las costumbres árabes, las relaciones de los sexos, la simplicidad rudimentaria de la vida colectiva, las necesidades que mediante la ley de herencia forman como una segunda naturaleza en el mahometano, no es difícil encontrar razonada la Arquitectura de su habitación, sea egregia, sea burguesa.

"No necesita el árabe, en sus mezquitas, de suntuosos peristilos embellecidos con artísticos frontones, en cuyo tímpano campeen alegóricas estatuas; no de plazas, como el Foro ó el Ágora, verdaderas palestras de los debates políticos, ni de anfiteatros, circos y naumaquias. El ideal de la vida pídele otras satisfacciones. Es el árabe realista. Lo que mayormente le impresiona es el aspecto y lado tangible de las cosas, por lo cual se atiene á la realidad, huyendo de todo idealismo

de convención, para el que su cerebro revela escasa aptitud. Comparemos lo que en su civilización es más característico, la mezquita con la catedral romana ó gótica. ¡Qué austeridad, qué sencillez, qué imaginación tan amanerada la del árabe; cuán menguados sus recursos creadores!

¡Qué idealidad tan pasmosa, qué simbolismo tan fecundo el de la fábrica cristiana! En la mezquita, desnudez completa de los muros, carencia absoluta de símbolos; tiene el edificio lo necesario y nada más: un patio para las abluciones; un espacio cubierto y cerrado en parte, con el intento de que el creyente se halle á cubierto de los rayos del sol ó de la lluvia; un recinto donde se guarda el libro de tradición; un púlpito donde se le suele comentar; una torre para anunciar desde ella las horas de la oración. En la catedral todo es complejo y simbólico, exuberante de emblemas y de fantasía. Son los portales y las fachadas páginas de historia ó de moral religiosa esculpidas en piedra; los capiteles, lecciones que refrescan los recuerdos piadosos, ó sátiras mordaces de flaquezas y de vicios. Las vidrieras, los frisos, sillas del coro, claves de las bóvedas, todo habla al sentimiento y á la imaginación, formando el marco donde encajan las representaciones iconísticas, los actos litúrgicos y las prácticas de devoción. Huye el islamita con horror de todo lo que pueda materializar su creencia; el catolicismo, sea romano ó griego, no comprendería la religión sin el culto, ni éste sin el antropomorfismo, que caracteriza sus ritos."

De esta verdad tenían conocimiento los poetas árabes

cuando pusieron en boca de Abderramán I, fundador de la mezquita cordobesa, las siguientes palabras:

"Para los cristianos, los monasterios sombríos; para nosotros, los vergeles, el harem, los baños, las aljamas, revestidas en su interior de bruñidos jaspes y esplendurosos estucos, contruídos de jacintos rojos y cercados de lámparas inextinguibles.

"Para ellos, claustros lóbregos y silenciosos; para nosotros, cristalinas fuentes y verdes arrayanes.

"Para ellos, las privaciones de la triste vida del castillo; para nosotros, la existencia tranquila y risueña de la academia.

"Para ellos, la intolerancia y tiranía; para nosotros, la monarquía clemente y paternal.

"Para ellos, la ignorancia del pueblo; para nosotros, la instrucción pública y gratuita.

"Para ellos, los yermos, el celibato, el martirologio; para nosotros, el amor, la hermandad, las comodidades y deleites, etc., etc."

Ved aquí perfectamente marcados los elementos constitutivos y principales del arte español de que hablé anteriormente. La idea cristiana en un pueblo germánico, en contacto ó lucha constante con el mahometismo de un pueblo semita. Si á estos dos componentes de nuestro genio y de nuestro arte se agrega como base el elemento latino existente en España, y que necesariamente debía modificar las ideas de los conquistadores, podremos comprender cómo de esta inevitable fusión debía resultar la índole especial de nuestras artes y de nuestra literatura.

No soy de los que propenden á forzar las ideas ó á falsear los hechos para autorizar un tema preconcebido y concreto; pero, ¿es posible desconocer que estos dos elementos, germano y semita, representan los dos principios del dualismo humano, y que desde tiempo inmemorial señalan la línea que separa dos mundos distintos en el orden físico y moral? El alma y el cuerpo, el sentimiento y la sensación, la idea y la forma, la línea ó el color, la melodía y la armonía, la luz y la sombra, son otros tantos términos de contraste que caracterizan las obras del hombre, según su raza, sus creencias y el país donde son creados.

Cierto es que la variedad en que estos elementos pueden combinarse, según las diversas influencias que los modifican, es tal que ni el más minucioso análisis puede á veces probar la existencia del germen de donde nacieron; pero ésta es ley constante en todas las evoluciones de la vida humana. Examinad, si no, como prueba, las creaciones en que el arte español ha sintetizado con ese carácter de dualismo la aspiración del alma á lo Bueno, lo Bello, lo Verdadero.

Tuviera, ó no, el autor conciencia de ello, ¿puede negarse que Don Quijote y Sancho representan el alma y el cuerpo, queriendo el primero realizar un ideal de justicia, que aparece ridículo solamente por la época y el estado social que luchan contra las ideas y las débiles fuerzas del Caballero de la triste figura? Colocad á Don Quijote en plena Edad Media, con la fuerza física del guerrero que acaudilla numerosas huestes, y, sin cambiar su naturaleza moral, bien se puede esperar

que su aliento y sus hazañas lo conviertan en regenerador de una sociedad ó de un pueblo. ¿Puede darse personificación más gallardamente trazada del sentido práctico de la vida y de las aspiraciones y malicias del vulgo indocto que la figura del donoso escudero, cuyos chistes y refranes representan el caudal de máximas lentamente elaboradas por la filosofía vulgar? Don Quijote aspira al establecimiento de la justicia por el esfuerzo de su brazo, imitando lo que leyó en sus desatinados libros de caballería. Sancho aspira al gobierno de su ínsula y á las comodidades y beneficios que de él espera obtener. Se ríe de su amo en la aventura de los batanes; reniega y maldice de su locura en la de los galeotes y en la de los yangüeses; pero en casa de los duques, al acercarse al logro de su deseo, toma muy por lo serio la misión del caballero andante, y va á ser gobernador persuadido de su importancia. Resuelve con gran sagacidad y tino las difíciles cuestiones que le presentan, y sucumbe al ridículo entre aquellos dos malaventurados escudos, que nunca hubiera necesitado para su defensa el animoso pecho de Don Quijote.

¿Qué creación más poderosa para simbolizar la aspiración á lo Bello que la de Don Juan, en quien luchan los instintos de vigoroso temperamento é imaginación ardiente con los preceptos de la religión, en que el Burlador de Sevilla cree, como hombre de su raza y de su tiempo? Convertid á Don Juan en ateo, y desaparece toda la grandeza y poesía de la figura.

¿Y será desacertado considerar *El Mágico prodigioso* de nuestro gran Calderón como precursor del *Faus-*

to y manifestación del ansia de llegar al conocimiento de lo verdadero, que para el poeta no podía ser más que dentro del dogma cristiano?

Nadie, sin embargo, podrá decir que en tales creaciones hay imitación ni marcada influencia de escritos germánicos ú orientales. Pero ¿quién puede tampoco vanagloriarse de analizar y seguir el misterioso proceso intelectual que se realiza en el Génesis de las ideas?

Los árabes no cultivaron la pintura tal como nosotros la comprendemos, y por consiguiente nuestros pintores no han podido imitar jamás cuadros por ellos pintados; pero ¿podemos decir por esto que no hay influencia oriental en alguna de las obras más célebres de nuestra escuela pictórica?

Quien conozca, por ejemplo, las diversas representaciones de la Virgen pintadas por las escuelas del Norte de Europa, y las compare con las célebres creaciones de Murillo, ¿se atreverá á asegurar que la inspiración germánica predomina en la composición de aquella vaporosa y fantástica figura que, entre doradas nubes y bellísimos ángeles niños, se ofrece á nuestra vista con el nombre de la Purísima?

Y si no puede decirse que proceda directamente de inspiración semítica, tal vez no sería aventurado reconocer la tendencia del catolicismo hispano-oriental, con cierto sabor italiano, al que da gran realce y vida propia la influencia del hermoso cielo de Andalucía. No es posible, en mi opinión, analizar la historia de las transformaciones artísticas con el escalpelo de un análisis fisiológico é histórico, sin exponerse á hipótesis

aventuradas que, á veces, degeneran en absurdas; pero hay en este orden de ideas algo que no es analizable, que depende de una asociación de recuerdos ó de sentimientos, y que constituye el privilegio de los que adquieren la finura de apreciación para sentir y ver lo que tal vez se esconde á hombres más doctos é inteligentes.

Sería, pues, completamente inútil insistir ahora en esto, fatigando vuestra atención en asunto ajeno, hasta cierto punto, al tema de mi discurso.

Los hechos históricos son el mejor argumento para probar de qué manera ejercieron entre sí recíproca influencia árabes y cristianos, á pesar de su continuo estado de guerra. Al someterse los mozárabes al pueblo invasor, es de suponer que no perderían de repente las tradiciones artísticas del reino visigodo, de las cuales podemos juzgar, si no por monumentos, que han desaparecido casi todos, por las descripciones de los historiadores y por el precioso tesoro de Guarrazar. Evidentemente, entre aquellos mozárabes debían existir arquitectos, tejedores, plateros, armeros y otros artífices, que continuarían trabajando en el estilo que habían aprendido. Ni es fácil aventurar si de ellos aprendieron los árabes, ó si, por el contrario, llegada la época de prosperidad del Califato, la influencia mahometana alteró ó modificó los productos cristianos. ¿No es verosímil que estos mozárabes, establecidos en el seno de la sociedad mahometana, ejercieran influencia semejante á la que tuvieron después los mudéjares sobre el arte cristiano? En Asturias y León las artes y oficios estuvieron por mucho tiempo en manos de moros y judíos. Arqui-

tectos cristianos contribuyeron á levantar mezquitas musulmicas, y opiniones autorizadas afirman que fueron llamados alarifes andaluces para construir templos bajo el plano de antiguas basílicas, y para dirigir construcciones militares y civiles de sus enemigos. ¿Quién puede hoy asegurar la procedencia de la Cruz de los Ángeles, de la de la Victoria y de las más antiguas y venerandas reliquias de la Cámara Santa de Oviedo? Nos dice la tradición, respecto á la primera, que no encontrando el Rey platero bastante hábil para labrarla, se le presentaron dos ángeles en traje de peregrinos, y rápida y milagrosamente la fabricaron.

Conviene tener presente, según afirma el Sr. Riaño en su libro *Spanish Arts*, al hablar de las coronas de Guarrazar, que los trabajos de platería de aquella época tienen el mismo origen en el Norte y Sur de Europa. Proceden de la civilización oriental, que en los primeros siglos de la Edad Media penetró en este país; pudiendo asegurarse que la manufactura y los procedimientos técnicos son los mismos, por más que, tanto la manufactura como la ornamentación, fueron después modificadas por los pueblos del Norte.

Á medida que aumentaba la importancia de la reconquista, crecía también la influencia de la cultura árabe sobre los cristianos. Desde el siglo VIII al XI, se desenvuelve y desarrolla la cultura del Califato, y desde el siglo XI al XIII, empieza á crecer la importancia de la sociedad cristiana, que recoge la tradición científica y artística de sus enemigos para apropiarla á su esencia y constitución social. En frase pintoresca dice nuestro

historiador Lafuente que con el reinado de D. Alfonso *el Sabio* comienza un nuevo período en la vida social de España.

Desde Covadonga á Toledo, es la nación que pugna por vivir; desde Toledo á Sevilla, es la nación que se robustece luchando; desde Sevilla á Granada, es la nación que trabaja en organizarse.

Como prueba de la compenetración de ambas civilizaciones, recordemos algunos hechos históricos.

Cuando, por solemnes tratados, Alfonso VI sentaba en el trono á la hija de un Califa; cuando se acuñaban monedas con leyendas arábigas y latinas, y se redactaban instrumentos públicos en ambos idiomas; cuando la galantería y el espíritu caballeresco de los omniadas penetraban en los palacios de nuestros príncipes; cuando eran árabes muchos vocablos del romance vulgar; cuando las joyas, armas y tejidos de carácter oriental eran buscados por castellanos y aragoneses, acomodándose al gusto dominante, desde la India hasta las orillas del Bósforo, y desde el Adriático al golfo de Gascuña, ¿cómo era posible que esta influencia no se extendiera en España á todas las manifestaciones de la vida social? Vemos al mismo Alfonso *el Magno* aliarse con Abdalá y traer á su corte dos sabios árabes como preceptores de su hijo. El presbítero Dulcidio se presenta con el carácter de embajador cristiano en Córdoba; reclama los cuerpos de los mártires Eulogio y Leocricia, y los obtiene, llevándolos á Oviedo. Durante el siglo XI, y aun posteriormente, una gran parte del ejército del Rey moro de Zaragoza era de cristianos; y

no sólo podían éstos seguir sus prácticas religiosas viviendo en tierra enemiga, sino que allí mismo existían también conventos de frailes y de monjas respetados por los musulmanes.

El prototipo del héroe español, el mismo Cid, vivió muchos años entre infieles. Larga sería la lista si hubiera de enumerar las alianzas y tratados que registra la historia y que dieron ocasión á combates en que pelearon bajo la misma bandera cristianos y mahometanos contra los de su propia ley y raza.

Los monjes de Cluny y los extranjeros, sobre todo franceses, que vinieron á la conquista de Toledo, fueron las primeras influencias extrañas á los dos elementos que vamos analizando.

Desde principios del siglo XIII una corriente de cristiana inspiración, de paz, de amor y caridad, recorre el mundo en alas del sublime espíritu del hijo de la Umbría Francisco de Asís. Animado por el fuego divino, eleva éste su voz y predica la humanidad, el amor, la exaltación del espíritu sobre la materia y la fuerza bruta. Á sus palabras parece despertar la humanidad del sueño terrible y sangriento de los primeros siglos medios; levántase el ascetismo, como enérgica protesta, contra la grandeza bárbara de aquella existencia física contraria al espíritu cristiano, en la cual las pasiones y los crímenes pasaban como ola gigantesca sobre la autoridad moral de la Religión y de la Iglesia. Más adelante veremos al Renacimiento iniciando la dirección contraria para llevar á los hombres por el camino de la adoración de la forma á la sensualidad, al

amor á la vida, á los goces; deslumbrados por la belleza del mundo antiguo, pero ya con la cultura de una sociedad elegante, por más que en la vida política y social las costumbres fuesen tan depravadas, aunque menos groseras en la apariencia.

El imperio musulámico, quebrantado desde la muerte de Almanzor, recibe un golpe mortal en las Navas de Tolosa; échanse los fundamentos de las catedrales de Ávila, Cuenca, Burgos, Toledo, Badajoz, Valencia, León y Tarragona, y D. Alfonso *el Sabio* reúne en su corte, para la realización de sus trabajos científicos y literarios, á los árabes y rabinos *sabidores* herederos de la ciencia de las academias cordobesas. El poema del Cid, las obras de Gonzalo de Berceo, de Juan Lorenzo Segura de Astorga y del mudéjar Yusuf, dan testimonio de la poesía heróico-erudita española y de la parte que en el cultivo de las letras tomaban los musulmanes sometidos al dominio de los cristianos. Los trovadores provenzales y catalanes, protegidos por San Fernando y por su hijo D. Alonso, vienen á la corte de Castilla, y los árabes y hebreos españoles traducen monumentos literarios de la India y de la Persia.

Los trabajos del Rey sabio en derecho, en astronomía, en todas las ciencias de su tiempo, hicieron de su corte el centro más intelectual de aquel período; su gran figura descuella en él, como faro luminoso en la revuelta tempestad de la Edad Media: genio muy superior á su época, lo cual explica su grandeza y su debilidad. Si hubiera encontrado imitadores habría logrado crear en la sociedad cristiana un movimiento de

cultura superior al del Califato cordobés. Desde los grandes trabajos de San Fernando y de D. Jaime I iba cambiando ya la condición del pueblo cristiano, surgiendo el tercer estado y tomando asiento y voz en las Cortes.

Ahora ya no son únicamente árabes y judíos los que ejercen las artes, sino que empiezan á formarse gremios y cofradías de diversos oficios, y las ferias de Burgos, Toledo, Medina del Campo, Salamanca, Segovia y Ávila inician el movimiento industrial y comercial para aumento del bienestar y de la riqueza. El espíritu galante y caballeresco impulsa á los cristianos á hacer alarde de gentileza y valor en justas y torneos; resuena el canto de los trovadores en los castillos de los grandes y poderosos, convertidos ya en lugares de placer, y los trajes y costumbres orientales sustituyen á la pobreza y austeridad de los tiempos primitivos. Las relaciones entre aragoneses é italianos traen á España la influencia dantesca y la literatura alegórica. Márcase la división entre la poesía popular y la erudita: la primera parece no alimentarse más que con el recuerdo de los héroes nacionales; la segunda recibe inspiraciones clásicas ó italianas, ó lleva el sello de la influencia oriental traída por los árabes. Á esta clase pertenecen las obras del infante D. Juan Manuel, del Arcipreste de Hita y demás escritores de aquel tiempo. Entre ellos descuella D. Santo, judío de Carrión, autor de la *Danza general*, cuadro terrible de los vicios del siglo xiv, é inspirado en una idea predilecta de artistas y poetas de la Edad Media, tratada con gran diversidad desde los

frescos del Campo Santo de Pisa hasta *La Hora de todos* y *La Fortuna con seso*, de nuestro inmortal Don Francisco de Quevedo.

Á pesar de las revueltas de su azaroso reinado, restaura D. Pedro I el antiguo palacio árabe de Sevilla, empleando alarifes de ambas religiones.

Vienen con Duguesclín los libros de caballería, y el elemento fantástico y sobrenatural que algunos han atribuído falsamente á la poesía oriental, siendo más propio del ciclo bretón y carlovingio de los pueblos del Norte, admiradores de las hazañas del Rey Artús y de Carlomagno.

Empieza el siglo xv, y, bajo el gobierno de Don Juan II y de su famoso privado D. Álvaro de Luna, llega la industria artística á grande altura, si hemos de creer las relaciones de los historiadores, en las cuales se describen el lujo de las fiestas, festines, justas y torneos, y la riqueza de las telas, ropas, armas y arneses, así como la afición del Rey y su privado á la Poesía y á la Música, de que ambos eran cultivadores.

En la relación del viaje hecho en España en 1457 por el caballero Jorge Eingen, habla el viajero de los banquetes, bailes, cacerías, carreras de caballos con que D. Enrique IV le obsequió, y en 1465 el noble bohemio León de Rosmital de Blatna nos describe las magnificencias del Alcázar de Segovia y la riqueza de las vajillas, servicios de mesa de plata y oro, adornados de piedras preciosas, así como las joyas y telas de los vestidos y muebles.

La relación hecha por Tetzels, compañero de Ros-

mital, de la recepción hecha á los viajeros por Enrique IV en Olmedo, dice así: "Los habitantes de esta ciudad son infieles en su mayor parte. El Rey tiene muchos en su corte, habiendo expulsado á numerosos cristianos y cedido sus tierras á los moros. *Come, bebe, se viste y ora* á la usanza morisca, y es enemigo de los cristianos; quebranta los preceptos de la ley de gracia y lleva una vida de infiel. Al tercer día dió audiencia á mi señor; él y la Reina estaban sentados juntos en tierra, etc., etc."

La recepción hecha al Rey por D. Álvaro de Luna en su villa de Escalona prueba la riqueza de los objetos artísticos acumulados por el favorito. Gustaban ya más los castellanos de los placeres, siquier fueran varoniles, como las justas y torneos, que del rudo ejercicio de la guerra en que tanta gloria conquistaron sus antecesores. Demostraba ya el estado intelectual de España los gérmenes de futuras glorias; pero el desorden y la anarquía habían llegado á un estado deplorable en el orden político. El contraste entre el lujo de los grandes y la pobreza del pueblo, la disolución en las costumbres y la desorganización social, habían conducido al país á situación muy semejante á la de los últimos tiempos del imperio visigodo. La fe religiosa, el entusiasmo patriótico y la austeridad de las monarquías de Asturias y León habían desaparecido de la memoria de los españoles, y solamente la impotencia de los árabes reducidos al reino de Granada, pudo salvar á España de una segura catástrofe. Nadie hubiera podido creer entonces que la Providencia dispondría los sucesos para que los Reyes

Católicos pudieran realizar la unidad nacional reformando la constitución de un estado próximo á desquiciarse. Sin pretender analizar las causas de esta decadencia, hay que convenir en que pudo ser gran parte á acelerarla la mezcla de árabes, cristianos, judíos, mozárabes, mudéjares y mulhadíes, que confundidos desde los más altos á los más ínfimos grados de la escala social, con opuestos ideales é intereses, tenían que carecer necesariamente de aquella cohesión y homogeneidad que tanta fuerza dió á la monarquía cristiana de los primeros siglos. Cuando se leen el *Arte Cisoria* del Marqués de Villena ó la relación del *Paso Honroso* de Suero de Quiñones, se comprende el estado de aquella sociedad y se ve en qué pueriles empresas se empleaban las lanzas castellanas y á qué ridículo refinamiento había descendido aquel espíritu guerrero que los guió en las Navas y el Salado.

Como ejemplo del influjo de la poesía árabe en este tiempo, puede citarse la elegía de Abul Beka, poeta árabe de Ronda, hecha después de la toma de Córdoba y Sevilla, y de la cual parecen imitación las famosas coplas de Jorge Manrique á la muerte de su padre. La elegante traducción del Sr. Valera, en el mismo metro y combinación rítmica de la poesía castellana, aumenta su semejanza. Me atrevo á reproducirla, á pesar de ser muy conocida, porque siendo tan bella su forma, forzosamente ha de seros más grata que mi humilde prosa. Dice así:

Cuanto sube hasta la cima
desciende pronto abatido
al profundo.

¡Ay de aquél que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!

En todo terreno ser
sólo permanece y dura
el mudar.

Lo que hoy es dicha ó placer,
será mañana amargura
y pesar.

Es la vida transitoria
un caminar sin reposo
al olvido;
plazo breve á toda gloria
tiene el tiempo presuroso
concedido.

Con sus Cortes tan lucidas
del Yemen los claros reyes
¿dónde están?
¿En dónde los Sasanidas
que dieron tan sabias leyes
al Irán?

Los tesoros hacinados
por Karúm, el orgulloso,
¿dónde han ido?
De Ad y Temud afamados
el imperio poderoso
¿do se ha hundido?

Montes de escombros y desiertos,
no ciudades populosas,
ya se ven.

¿Qué es de Valencia y sus huertos,
y Murcia y Játiva hermosas,
y Jaén?

¿Qué es de Córdoba en el día,
donde las ciencias hallaban
noble asiento?

¿Do las artes á porfía
por su gloria se afanaban
y ornamento?

¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
que el Betis fecundo baña
tan florida?
Cada ciudad de éstas era
columna en que estaba España
sostenida.

Etc., etc., etc.

Y si pasamos á la poesía popular, dígame si los siguientes versos sentenciosos no parecen coplas nacidas en nuestra época bajo el hermoso cielo de Andalucía:

Como nuestra misma sombra
son los bienes de la tierra;
huyen de quien los persigue,
persiguen á quien los deja.

Dos partes tiene la vida:
lo que pasó, que es un sueño;
lo restante, lo que aún
no pasó, que es un deseo.

Esta última me recuerda la que oí improvisar en mi primera juventud á orillas del Guadalquivir á uno de los más famosos trovadores populares de aquella tierra:

Sombra es lo pasado,
niebla el futuro,
relámpago el presente,
la vida es humo.

¿No está aquí admirablemente expresado uno de los pensamientos fundamentales del arte español y que constituye el fondo de la más sublime concepción dramática de Calderón?

Mucho se ha discutido sobre la influencia de la poesía árabe en la española; pero, por regla general, críticos y eruditos se han fijado más en los detalles que en el fondo de la cuestión.

Al dilucidar, por ejemplo, si el romance procede de la tradición latina ó de la árabe, no se ha tenido en cuenta que debía versar el análisis, no sólo sobre la interesante cuestión de la forma, sino sobre el cambio de sentimientos é ideas entre ambas razas en el dilatado período de siete siglos. ¿No vemos por ventura aquellos rudos guerreros de la monarquía asturiana y leonesa dulcificar sus costumbres al contacto de la civilización materialista de los musulmanes? La relajación de costumbres en la España cristiana de la Edad Media, ¿no pudo ser efecto de la poligamia practicada por los árabes y tan poco conforme con la severidad de la moral cristiana? ¿En qué pueblo oriental tuvo la mujer la importancia política y social que disfrutó en el Califato

de Córdoba y conservó hasta la extinción del reino granadino?

¿Dónde existieron entre pueblos de aquella raza y religión las célebres poetisas y literatas de que nos hablan los árabes, gozando de una libertad y un prestigio que parece incompatible con las bases fundamentales de la sociedad mahometana?

¿No vemos expresado el amor en las poesías árabes de este tiempo con un espiritualismo semejante al que domina en las poesías cristianas de los siglos medios?

Pues si todos estos hechos son resultado de la mutua influencia de ambas civilizaciones; si es evidente que el medio en que se vive, las ideas y las costumbres son fuentes de inspiración de los afectos del alma é influyen en la manera de expresarlos, ¿cómo es posible negar que la índole peculiar del arte español procede en gran parte de los elementos acumulados lentamente en ese largo período, y que, modificados por otras influencias, dieron tan sazonado fruto?

Cuando aún vemos en el Centro y Mediodía de España los tipos acentuados en la fisonomía, en las costumbres, en los cantos, en los bailes y en mil manifestaciones de la vida que conservan el sello oriental, ¿hemos de negar la gloriosa herencia que nos dejó aquella civilización y á la que tanto contribuimos? ¿Quién sabe si el Califato de Córdoba hubiera llegado á tan alto grado de esplendor y cultura, si el fanatismo musulmán hubiera extinguido ó desterrado la población cristiana y judía?

El siglo xv marca un período importante de nuestra historia intelectual, porque Castilla, que había logrado centralizar la política y la reconquista, viene á ser el crisol donde se funden todos los romances ó lenguas vulgares de España, preparando la unión nacional que habían de realizar los Reyes Católicos. Catalanes, aragoneses, navarros y portugueses escriben en la lengua de Castilla; la influencia italiana y la imitación dantesca se acentúan, y los libros de caballería, inspirados en tradiciones carlovingias y bretonas, toman carta de naturaleza en nuestro suelo, mezclando sus maravillosas aventuras con las hazañas de los héroes nacionales cantadas por la Musa popular. Los romances históricos, caballerescos y moriscos corren de boca en boca, como canción predilecta de todas las clases sociales. ¡Lástima que se hayan perdido los primitivos que debieron transmitirse por tradición oral, y que sean tan pocos los que han llegado hasta nosotros sin sufrir variantes considerables en los siglos xvi y xvii! Entre los más antiguos se encuentran los publicados en los rarísimos libros de vihuela, cuya música espero tener el honor de dar á conocer en este mismo recinto.

Merced á la energía de los Reyes Católicos, el gran movimiento intelectual de esta época coincide en España con la reforma política y social y con la ilustración, no sólo de la aristocracia, sino de las damas, que, á imitación de la excelsa y virtuosa Reina, hermanan la caridad y la práctica de las virtudes con la lectura de los clásicos de la antigüedad. Como D. Alfonso *el Sabio* había sido en la Edad Media el fanal luminoso

donde parecían concentrarse todas las ideas de ciencia, arte y progreso, la poética y legendaria figura de la Reina Católica se presenta á nuestra vista en los umbrales del Renacimiento con la más sublime expresión de nuestras aspiraciones nacionales, interpretando por el amor á su pueblo, más que por profundos cálculos políticos, todas las cuestiones más importantes al desarrollo de nuestra constitución social y política.

Plugo á los inescrutables designios de la Providencia que la fecunda semilla arrojada por aquella mujer verdaderamente sobrehumana quedara sepultada bajo la tierra, y con la muerte del Príncipe D. Juan cambió por completo el destino de España y acaso la historia del mundo. Al venir la dinastía austriaca, la unidad nacional, apenas consolidada, fué á perderse en la política del imperio de Carlos V, como arroyo que apenas deja la fuente donde nació, sin recibir los afluentes de curso dilatado y sin llegar á ser río desemboca en el ancho mar, donde pierde fuerza y vida. Vemos, pues, que al aparecer el Renacimiento tenía el arte español historia y personalidad, sobre todo en Literatura y Arquitectura. La Pintura y la Música empezaban, por decirlo así, sus anales modernos, y la influencia de Italia ó la del Norte de Europa imponía cierta semejanza á las obras de los que imitaban aquellas escuelas.

No es mi ánimo fatigaros con el detenido estudio de la historia de nuestra cultura hasta llegar á nuestros días: si me he detenido algo en los períodos anteriores, evitando hacer alarde de fácil erudición, ha sido para

tratar de probar que las raíces y el tronco del árbol que había de producir tan hermosos frutos existían ya al concluir el siglo xv, y que, á pesar de las influencias sucesivas, habían de comunicar á sus ramas la savia árabe y germánica, no solamente en la literatura, sino en las artes.

El conocimiento del mundo antiguo y de la Literatura clásica de tal manera preocupó á los hombres del Renacimiento, que ni en este período ni aun mucho después hubo quien cantara la magnífica epopeya de Granada ni la empresa del gran Colón; pero el germen nacional volvió á brotar vigoroso en el período de nuestro mayor desarrollo artístico y literario. Así, el gran Lope de Vega funda nuestro teatro, ya rico en obras importantes, inspirándose en las fuentes españolas, aunque disculpándose ante los eruditos de no seguir las reglas é influencias del clasicismo. Así Velázquez, fino apreciador de las bellezas de la pintura italiana, reúne la magnífica colección de nuestro Museo, y sigue pintando en su estilo, hijo, no de la erudición, sino de la propia naturaleza. Veamos ahora á qué altura habían llegado las industrias artísticas en España al aparecer el Renacimiento.

Durante la Edad Media las manifestaciones más importantes del arte se concentran en el templo, y visitando atentamente los levantados por la fe de nuestros mayores, fuerza es asombrarse de las riquezas artísticas que atesoran. No hablemos de la Arquitectura, que revela conocimientos científicos y técnicos cuya re-

solución atemoriza hoy á los hombres más doctos y experimentados en la materia: fijémonos en el ornato interior y en la fabricación de cuanto era necesario al embellecimiento de la catedral y al servicio del culto. Los trabajos en hierro, en bronce, en oro y plata; los esmaltes, las tallas en marfil, en madera y piedras duras; los bordados y sobrepuestos, los mosaicos, los vidrios, las pinturas y miniaturas revelan un arte original, espontáneo, inspirado por la fe religiosa, que presenta en su conjunto tal unidad de inspiración en el fondo y tantos conocimientos técnicos en la ejecución, que aun hoy día vemos con respeto y admiramos lo que nos queda de los tesoros acumulados por los artistas cristianos.

En casi todas sus obras podemos apreciar la variedad de elementos que constituyen el arte español. En Arquitectura, por ejemplo, vemos á los cristianos de los palacios árabes, y acostumbrados á vivir en ellos, adoptar en la planta y disposición de sus construcciones el tipo de la casa con patio central y jardines interiores. Luego la influencia italiana modifica este sistema en edificios aislados, agregándole las galerías altas exteriores é interiores, las torres en las esquinas, dándoles así condiciones de higiene, comodidad y belleza que imitan hoy los países más adelantados. No puede adoptarse sistema más conveniente á las exigencias del clima y de la vida en el Centro y Mediodía de España.

¿Quién no ha tratado alguna vez de reconstruir en su fantasía los pintorescos palacios en que vivieron los magnates de Carlos V y Felipe II? El gran portal de

entrada con el pavimento primorosamente embutido de menudas piedras, de origen árabe, pero empleado para dibujar el escudo de armas del propietario; la puerta de ingreso al patio á que se asciende por algunos escalones; á un lado enorme ventana con labrada verja de hierro; al otro la bajada á las bodegas, caballerizas y sótanos. Los muros aparecen cubiertos de relieves en yeso de dos colores, con tan peregrina combinación del gusto árabe gótico y del Renacimiento, que es doloroso que vayan desapareciendo con los edificios viejos tracerías ornamentales que la más fecunda imaginación no podrá volver á crear en nuestros días. El patio con su fuente árabe, sus columnas de mármol, unas veces forma cuatro galerías bajas, otras tres y aun dos, y entonces aparecen en los muros altos las mismas labores de yeso y ventanas en forma de ajimez, enriquecidas con azulejos y labores de ladrillo. Éstas forman también la repisa del alero del tejado, alternando con barras diagonalmente pintadas de blanco y negro por lo general, y sobre ellas campean escudos de armas y asoman sus fantásticas cabezas las serpientes, dragones y monstruos de las gárgolas ó canalones.

En el patio suele estar otra fuente y pilas para el servicio de la casa, y tras el arco apuntado ó de herradura aparece en el fondo el jardín morisco, con su bóveda de arrayán y laurel, sus jazmines y rosales, sus calles angostas y enladrilladas, sus fuentes y surtidores, sus bancos y arriates de azulejos cubiertos de floridas macetas. En las salas bajas, preparadas para la estación calorosa, se ven los muros cubiertos de azulejos en la

parte inferior, y sobre la pared blanqueada cuadros religiosos ó retratos de familia. Sirven de asiento anchos y cómodos sillones de vaqueta que dan descanso al cuerpo sin debilitar las fuerzas ni adormecer el espíritu. La escalera con su artesonado mudéjar; los vastos corredores donde arde perpetuamente la lámpara delante de la imagen de la Virgen; los espaciosos salones adornados con tapices, armas y objetos artísticos; la chimenea monumental de mármol, donde arde una encina, y en torno á la cual se reúnen la familia y los criados en las primeras horas de la noche para rezar el Rosario: he aquí el cuadro del interior español en el siglo xvi y xvii y durante el período de la dinastía austriaca.

Si hemos de juzgar por las descripciones de los contemporáneos, especialmente la hecha en 1489 por Machado, rey de armas de Enrique VII de Inglaterra, enviado con la embajada que vino á pedir para el Príncipe de Gales la mano de la Princesa Catalina, no eran obstáculo las virtudes y modestia de la Reina Católica al fausto que ostentaba en los momentos en que era necesario. Machado dice que en cada entrevista la Reina se presentó con joyas diferentes, todas riquísimas, y que hasta los aparejos de la mula en que montaba estaban cubiertos de perlas y piedras preciosas.

Los esmaltes de San Miguel *in excelsis*, de Santo Domingo de Silos y de la Virgen de la Vega, en Salamanca, prueban que las descripciones de ciertas magnificencias no son fabulosas, y que durante la Edad Media alcanzaron la platería y joyería gran perfección. Al empezar el siglo xvi, artistas italianos, franceses y fla-

mencos trabajaron en nuestras catedrales; y bajo la dirección de los Arphes, Alemanes, Trezzos y otros se formó aquella escuela de *plateros de la plata* autores de las custodias, cruces, relicarios y cálices que aún existen. Estos artífices debieron fabricar también platos, jarrones, armas y objetos profanos, que han desaparecido en su mayor parte en los abismos abiertos por la ignorancia ó por la guerra. La filigrana de origen árabe debió llegar á gran delicadeza y buen gusto, si hemos de juzgarla por los botones, herretes y joyas que figuran en los retratos de los siglos xvi y xvii. En los inventarios de este tiempo, en las relaciones de los viajes en España, en los libros del barón Davilliers y del señor Riaño pueden los curiosos conocer la riqueza y abundancia de la platería española, y la lista de más de 500 plateros que desde el siglo xiii al xix trabajaron en diversas ciudades. De los trabajos en hierro dan testimonio las obras de los maestros rejeros que en Toledo, Sevilla, Alcalá de Henares, Salamanca, Granada, Segovia y otros puntos dejaron prueba de buen gusto en el diseño y de maestría en la fabricación.

Aunque los artífices españoles no hubieran labrado más muestra de trabajo en bronce que el magnífico tenebrario de la catedral de Sevilla, bastaría él por sí solo para figurar en un museo dignamente.

La fabricación de las armas y el repujado, nielado y grabado alcanzó gran celebridad en la Península, ya siguiendo el estilo oriental, ya el de los célebres armeros milaneses.

Los guadameciles ó cueros de Córdoba fueron tam-

bién famosos y se exportaron en gran cantidad á Europa y América, continuando esta industria hasta el siglo xviii. Hoy ha desaparecido por completo, y Francia nos envía productos que imitan los que aquí se fabricaron.

En la talla de marfil y madera, basta visitar los templos que tienen sillerías de coro y relicarios para comprender la perfección que alcanzó.

La cerámica española empezó por ser imitación de la árabe, tanto en la loza dorada, como en el esmalte sobre barro empleado en los azulejos.

Las fábricas de Granada, Calatayud, Valencia y Málaga siguieron esta tradición, de la que apenas quedan hoy vestigios en Manises. Las de Talavera y Sevilla vinieron después bajo la influencia italiana. Los productos fabricados en Alcora y en el Retiro siguieron la tradición francesa en la forma y en la ornamentación. En Almería, Barcelona y Valencia se fabricaron los vidrios en los siglos xiii y xiv, y en tiempos de Carlos V eran ya famosos los productos de Cadalso de los vidrios. Toledo, Cebreros, en la provincia de Segovia, y San Martín de Valdeiglesias, los fabricaron también en el siglo xvii, y muchos de aquellos objetos pasan hoy por venecianos en museos y colecciones particulares. Conocidos son también los productos de la Granja.

En tejidos y sedas recordaremos la antiquísima fábrica de Toledo en los siglos xiv, xv y xvi, y las de Sevilla, Valencia, Murcia, Granada y Talavera.

De la perfección que alcanzaron los bordados en seda y oro, puede juzgar todo el que recuerde los ornamen-

tos y vestiduras antiguas de nuestros templos, particularmente los del Escorial, y la multitud de tapetes, almohadas y tiras bordadas en diferentes provincias de España, que sirven hoy de adorno en las casas de aficionados á esta clase de objetos.

La numerosa colección de tapices de los palacios de Madrid, el Pardo y el Escorial, da á conocer los trabajos de la fábrica establecida en esta capital; y para concluir, mencionaremos los encajes que se han fabricado en muchos puntos de España, disfrutando aún los de hoy día en Almagro cierta estimación en el extranjero.

Esta rápida enumeración bastará para comprender con cuánta facilidad podría enlazarse aquel glorioso pasado con lo presente, á imitación de lo hecho en otros países. Pero no sólo han desaparecido muchas de estas industrias, perdiéndose en algunas la tradición y los procedimientos para continuarlas, sino que de tal manera nos ha invadido el gusto extranjero, que apenas se encuentra una persona que sienta la necesidad, la conveniencia ó el deseo de hacerlas servir. Como si nada significaran la experiencia y el criterio artístico de nuestros mayores, en todas nuestras grandes ciudades se levantan magníficos palacios en cuya arquitectura predomina el estilo de los hoteles parisienses de los Campos Elíseos y del Bosque de Boulogne. Entre tantos arquitectos ilustrados y conocedores de la historia y estilo de nuestra Arquitectura, ninguno ha encontrado un magnate ó un poderoso que le dé el encargo y los medios de levantar un edificio genuinamente español, á

imitación de aquéllos cuyos vestigios admiramos aún los amantes y partidarios del arte nacional.

Tampoco en los trabajos de platería podemos decir que esté la industria española á la altura de su pasado. Si hay algún artista que produzca obras dignas de él, vemos con dolor que van á parar á manos extranjeras, sin que la indiferencia de nuestro público y de nuestros gobiernos reclame siquiera una muestra de tales trabajos para figurar en nuestros museos. De aquellas primorosas filigranas de Santiago, León, Astorga, Salamanca y Córdoba apenas quedan ya vestigios: todo desaparece ante la invasión de la joyería extranjera de relumbrón. Hasta en los vasos y ornamentos sagrados predominan el gusto y estilo extranjeros.

¿Dónde encontrar hoy maestros plateros, artistas y artífices capaces de inventar, dibujar y ejecutar las custodias, cruces, cálices, copones y relicarios fabricados por los Arfes, Becerriles y tantos otros?

Fuerza es confesarlo: el arte español, aplicado á la industria, se encuentra en gran decadencia. Si una iniciativa poderosa no establece las bases de su renacimiento, llegará día en que será completamente imposible ó inútil lo que hoy podrá ser difícil, pero es posible y necesario.

Con tan glorioso pasado no se comprende la enorme diferencia entre el olvido en que dejamos morir aquellas tradiciones, y la actividad, esmero é inteligencia con que Francia, Italia, Alemania, Austria y Hungría han estudiado y proseguido el trabajo intelectual y material de su pasado, partiendo de él para continuar el

estilo y procedimientos de sus industrias artísticas. Así han resuelto un problema social y económico, fortaleciéndose con el patriotismo y con la riqueza producida por el trabajo nacional con elementos propios.

¿Y quién puede vanagloriarse de tenerlos superiores á los nuestros? Suponed por un momento realizada esta ilusión de la España artística del siglo xix, y decid si desde las más altas regiones de la inteligencia hasta los detalles de modestísimas industrias no circularía la savia nacional en todas las creaciones españolas.

¿Faltan acaso poetas líricos ó dramáticos en nuestro Parnaso moderno? No: lo que falta es público que los lea, que los aprecie y estimule; teatro convenientemente organizado para la representación de sus obras. El Teatro francés de París, considerado como templo del arte, se sostiene con exiguo repertorio moderno, y no es más numeroso el de su teatro clásico. Sin embargo, el patriotismo y el respeto del público, la digna organización de las compañías, el esmero en la ejecución hacen de aquel espectáculo uno de los más delicados placeres intelectuales que ofrece la llamada Atenas moderna. El famoso Teatro imperial de la Burg, en Viena, *Sancta Sanctorum* del arte dramático alemán, pone en escena el repertorio de Schiller, de Shakespeare, de Goethe y algunas obras de nuestro teatro antiguo, alternando con obras originales y modernas, aunque en corto número. Lo mismo puede decirse de la famosa compañía costeada y dirigida por el Duque de Saxe-Meiningen, en la cual ha llegado el lujo y la propiedad escénica al último límite posible.

Organizado nuestro teatro de una manera semejante, contando con el respeto y entusiasmo del público, ¡cuál no podría ser la riqueza de su repertorio antiguo y moderno! Los elementos están preparados, si no reunidos, y como fuego latente sólo aguardan la chispa del patriotismo, de la aspiración intelectual que los enciende.

Y si del drama pasamos á la música, ¿pensáis que no podría valer tanto nuestro Teatro nacional de Ópera como los de otras grandes capitales?

Cuando desaparezca la pueril manía de suponer que la música de nuestros compositores, llámese ópera ó zarzuela, es inferior á la que se compone hoy día en casi toda Europa; cuando se organice esta escena como lo están las de Francia, Austria, Alemania y Rusia, con la base del repertorio clásico y variado, con esmeradas ejecuciones de conjunto, y no con la disparatada amalgama de estrellas y perros, entonces habrá un espectáculo nacional con vida propia digno de un pueblo culto y civilizado que va á disfrutar de los goces elevados del arte; entonces desaparecerá la por lo menos discutible elegancia (ya que no queramos abusar de la palabra *cursi*) que ideó los *días ó turnos de moda*, género característico madrileño y propio de aficionados que conocen las óperas por los trajes y decoraciones, y á veces dudan (tal es su erudición indumentaria) si están oyendo *Semíramis*, *Aida* ó la *Africana*.

La injusticia y sinrazón con que se juzga todo lo español en España, es verdaderamente increíble. Francia se muestra orgullosa de su ópera cómica, que con-

sidera como gloria nacional. Nosotros hemos tenido muchos años nuestra zarzuela; y si se comparan las obras de ambos repertorios, teniendo en cuenta las condiciones en que han escrito los maestros españoles, bien claramente se manifestará dónde hay más elementos de inspiración, de vida propia, de arte nacional. La zarzuela pasó de moda, y el público elegante la declara *cursi*, tan *cursi* como la ópera española, y aplaude á rabiarse cuanto viene de fuera.

¿En qué país del mundo habría mejores elementos que en España para enseñar al pueblo la historia de sus glorias nacionales en cuadros expuestos en un Museo especial, ó en el teatro con la representación de dramas históricos en el género de los de Shakespeare? ¿Qué suma de trabajo intelectual y material no produciría la realización de esta idea? ¡Qué aumento de instrucción y de educación! ¡Qué medios tan poderosos para levantar y sostener el sentimiento nacional, alejando al pueblo de las peligrosas utopias que le deslumbran!

Para mí es evidente la decadencia del gusto artístico, y creo que sólo una enérgica cruzada podría librarnos del cuadro vergonzoso que ofreceríamos á la Europa culta el día en que no hubiera en España más que dos diversiones: las corridas de toros y las funciones de teatro por horas.

El desarrollo de este pensamiento y su ejecución sólo de nosotros depende. Es una obra que hay que continuar, y para la cual aún tenemos elementos. El llevarla á cabo sólo depende de nuestra voluntad, de nuestro patriotismo, de nuestro trabajo. Por eso os dije que

me ponía bajo vuestro amparo para que, si juzgábais acertadas mis ideas, les prestáseis vuestro apoyo.

Vosotros, que sois la palanca intelectual de la España joven, alzad la bandera del trabajo y del arte nacional; guiad al público, ilustradlo, educadlo, y veréis acudir á vuestro lado á los artistas agradecidos: ellos os probarán si la savia de inspiración que hoy se pierde puede ser de gloria y provecho para la patria.

El problema tiene más hondas raíces de lo que aparece á primera vista. Yo lo examino aquí ligeramente desde el punto de vista artístico-industrial; pero hay que pensar seriamente en que ni las más luminosas y profundas teorías político-financieras, ni los más elocuentes alardes de patriotismo, nos podrán salvar de segura ruina si seguimos entregados á este dulce optimismo, esperándolo todo del milagro ó de la casualidad. Bajo esta bandera del trabajo nacional caben todos los partidos y todas las creencias. Sois creyentes, pues recordad que el trabajo es ley impuesta por Dios al género humano en su tránsito por el mundo. Sois libre-pensadores, pues recordad que el trabajo es el redentor del hombre y que por él ha subido todos los grados del progreso, desde el esfuerzo muscular del salvaje hasta el laboratorio de Edison. ¡Rompamos de una vez la funesta rutina que impone el dominio de un criterio político á todas nuestras ideas, filosóficas ó religiosas, llevándonos á la exageración de suponer que las ideas liberales nos obligan á ser libre-cambistas y libre-pensadores, y que no se puede ser proteccionista sino siendo retrógrado y fanático! Todo el que ha vivido en contacto con las

ideas y los intereses de la industria y del comercio modernos piensa ya en Europa que el porvenir del trabajo no está fatalmente ligado á teorías políticas, que en este punto las naciones hacen lo mismo que los individuos cuando tienen buen juicio y sentido práctico. Cada uno es más ó menos generoso, según el estado de su bolsillo. ¡Qué sería de la libertad en los Estados Unidos ó en Inglaterra si sólo la sostuvieran los partidarios del libre-cambio!

Ya he dicho que las raíces del mal son hondas. Si examináis atentamente nuestra historia y nuestras costumbres, veréis marcada tendencia á resolver el problema de la vida con el menor esfuerzo posible ó arriesgando la fortuna y aun la vida al azar de una aventura peligrosa. Entre la medianía ó tal vez la pobreza con sueldo fijo y la perspectiva de la prosperidad conquistada á fuerza de años de trabajo y de perseverancia, pocos son los que en España toman el segundo camino. Por eso precisamente es más necesario el *Sursum corda* de todos los entusiasmos, de todas las voluntades, para que entremos al fin en la verdadera senda del progreso, persuadidos, como dije antes, de que ni las más lisonjeras apariencias de civilización en nuestras ideas ó en nuestra vida exterior, ni las glorias del parlamento ó de la prensa, ni el aspecto brillante de nuestras grandes ciudades serán sin el trabajo más que barniz engañoso que oculta la carcoma interior.

No quiero entrar en el terreno de la política ni en el de la hacienda, vedados á mi ignorancia; pero permitidme una pregunta que todos os habréis hecho alguna

vez, y que parece que debiera haber producido algún cambio en nuestras costumbres y en nuestro destino: si todos los españoles aspiramos á vivir del presupuesto ó nos dedicamos á profesiones tan honrosas como la de ministro, sacerdote, militar, abogado, político, publicista; si todos vamos á ser creadores, regeneradores ó apóstoles de una idea nueva, podremos obtener aplauso y fama, podremos conquistar muchas almas para el cielo, ó derramar hasta la última gota de nuestra sangre por la patria, ó asombrar al mundo con nuestra ciencia, nuestra elocuencia y nuestra erudición. Pero ¿quién va á hacer nuestros caminos de hierro, á explotar nuestras minas, á construir buques en nuestros astilleros, á explotar nuestros bosques ó á repoblarlos, á construir máquinas y á labrar nuestros campos, ni quién se va á dedicar á las mil industrias necesarias á la vida moderna? Ciertó es que todas estas profesiones son necesarias y deben existir en la proporción conveniente. Ciertó que sería cosa desatinada desear una nación compuesta sólo de jornaleros y artesanos; pero tampoco son posibles el trabajo reproductivo, ni la industria, ni el arte, ni la prosperidad allí donde todo hombre medianamente dotado y que pudiera muy bien ser un excelente agricultor, industrial, ingeniero ú hombre de ciencia, desdeña estas útiles y fecundas posiciones y aspira á ser ministro, senador, diputado ó empleado y cesante alternativamente, con lo cual, lejos de ser su trabajo reproductivo, sirve para agravar el presupuesto disminuyendo la suma de trabajadores y productores. Claro está que en el número de estas

ambiciosas é indiscretas medianías no se han de contar los verdaderos hombres de Estado, cuyo saber y cuyas luces prestan á la patria eminentes servicios en la esfera del gobierno; pero como la cantidad de aquéllos otros es tan grande, hay que preguntar: ¿cuáles serán las consecuencias de ese estado? Pregunta á la que se puede contestar lógicamente con estas palabras: Venderán los extranjeros á sustituirnos en las funciones de la vida nacional; se llevarán á su país gran parte del fruto de su trabajo, privándonos de materias primeras que nos faltarán el día en que podamos desarrollar nuestra industria, y continuaremos los españoles gastando mucho dinero en comprar papel del Estado, empleando parte de nuestra renta en productos extranjeros, teniendo tal vez que abandonar nuestras fincas cuando no podamos pagar la contribución, con la cual nos ha de pagar la Hacienda el interés de esos ansia-dos títulos, valores ilusorios si no los garantiza el desarrollo del trabajo y de la producción nacional.

Para contrarrestar tales elementos de ruina tenemos la exportación de minerales, materias primeras, frutos y caldos, que vuelven, en gran parte elaborados, á llevarse más dinero que trajeron.

¡Y aun hay gentes optimistas que creen que esta tierra privilegiada y este sol podrán luchar con la agricultura de la raza sajona en la América del Norte, explotada en tierra virgen, con su prodigiosa actividad y su adelantada industria!

Posible es que sea todo esto ilusión hija de la candidez, de la ignorancia de las altas lucubraciones de la

ciencia económica; pero es indudable que todo el que ha vivido algún tiempo fuera de España ha oído atribuir á estas causas nuestro estado actual; y si fuera así, ¿cuán triste no sería que todos conocieran la causa y el remedio de los males de España mejor que los mismos españoles?

No soy tampoco de los que creen que en este país nada sucede como en otras partes: creo, por el contrario, que pasamos por las mismas vicisitudes que otros han experimentado, y que resolveremos nuestras dificultades como otros las han resuelto. Pero ¿cuándo y cómo? Esta es la cuestión importante. Por eso doy tanto valor á la iniciativa del elemento joven é inteligente de nuestra sociedad, tan dignamente representado en este Centro de cultura.

Concretando el problema á las artes industriales, ved los inmensos adelantos de Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Italia y Bélgica desde la primera Exposición de Londres, y observad que en todos esos países ha pasado la regeneración artístico-industrial por tres períodos. El primero, que pudiéramos llamar moral, en el cual el entusiasmo patriótico, al admirar las obras antiguas del arte nacional, al mismo tiempo que los hechos gloriosos de los antepasados, impulsa á los inteligentes y estudiosos á visitar monumentos, reunir colecciones y noticias. Estos trabajos dan origen al segundo período, que pudiéramos llamar de trabajo intelectual, en el cual se crean los museos artístico-industriales, las escuelas, las bibliotecas; se organizan las exposiciones, se escriben libros ó memorias y se reúnen

los datos necesarios para el tercer período, que es el de fabricación.

En él vuelven á aparecer los productos puramente artísticos ó artístico-industriales con el sello peculiar del país, aunque modificándose con arreglo al gusto ó á las exigencias modernas. Tal es el camino seguido por las grandes naciones europeas, empezando en la Arquitectura y concluyendo en los bordados, encajes y trabajos de la industria doméstica.

No han faltado aquí poderosas é ilustres iniciativas que han tratado de organizar museos, escuelas y demás elementos de enseñanza; pero esas tentativas ni han contado con los recursos necesarios para su pronta ejecución, ni han encontrado en la opinión pública y en los gobiernos el apoyo necesario para imponerse de modo irrevocable.

Fuerza es confesarlo, aunque sea doloroso: lo más necesario, lo más esencial y urgente para que el Arte pueda vivir en España, es la educación, ó por mejor decir, la creación del público. Las obras de genio pueden aparecer en períodos de ignorancia ó de turbulencia. Así vemos nacer en Italia las manifestaciones más poderosas del pensamiento en la Edad Media y en el Renacimiento. Pero cuando se trata de un período esencialmente crítico y ecléctico como el nuestro, que vuelve la vista atrás y se inspira en lo pasado, no puede generalizarse el gusto artístico sino en ciertas condiciones de educación y de instrucción. Estas son las que crean necesidades morales é intelectuales que el Arte en sus múltiples manifestaciones viene á satisfacer, dul-

cificando las costumbres y embelleciendo la vida. Esta educación tiene por base el amor á la familia, á los goces del hogar, á la Naturaleza, al Arte, á los viajes y lecturas. Así se forma la culta sociedad del Norte de Europa, alemana, austriaca, inglesa ó belga, donde la educación, sobre todo la de la mujer, da sólido fundamento á la familia, porque las exigencias del lujo, de la vanidad ó de la moda no cierran la puerta á goces más elevados del corazón ó de la inteligencia, ni producen el desorden social y económico inevitable en los pueblos que no saben resignarse á vivir con relación á su estado y á su fortuna.

Por eso allí tienen vida propia el arte y las industrias artísticas, y llevan su benéfica influencia á las clases más modestas que viven en la misma atmósfera intelectual que los poderosos. ¿Queréis prueba evidente de ello con hechos prácticos? Pues id al teatro Imperial de Viena, ó al del Drama, y por 30 reales oiréis la más perfecta ejecución de un drama lírico ó de una obra de Shakespeare ó de Schiller, mientras que en otros países sólo la ignorancia y la moda pueden explicar que se derroche el dinero para presentar al público siempre las mismas obras, sin más novedad que la estrella, el fenómeno, el mirlo blanco, que al abrir la boca impone un silencio que no logran imponer las obras de genios inmortales.

Si desde los primeros años no se educan la inteligencia y la sensibilidad ni se forma el gusto, ¿cómo ha de vivir el arte allí donde sólo imperan los goces materiales ó los que proporcionan la vanidad y el amor propio,

ni qué utilidad ó qué placer puede proporcionar á un público que ni lo conoce, ni lo desea, ni lo comprende, ni lo disfruta? Cerradas las puertas al dilatado horizonte en que viven los pueblos verdaderamente civilizados, allí donde el espíritu no se levante de las prosáicas ó pueriles preocupaciones diarias, sólo podrá existir una sociedad rutinaria ó decrepita, esclavizada por el omnipotente y ridículo cetro de la moda. Allí los desdichados artistas no encontrarán más que tres sendas que seguir, todas llenas de espinas: ó expatriarse, ó arrojar la lira y enmudecer en la obscuridad, ó prostituir su inspiración ó su ideal, condenándose á la ignominia del histrión esclavo de la musa tabernaria ó callejera.

¡Cuántas obras perdidas para el arte y para la gloria nacional! ¡Cuántos mártires de un genio inútil y sin empleo! ¡Cuántas tragedias desconocidas que van á desenlazarse en la miseria, en el hospital, en el suicidio! No se juzgue por esto que nuestros próceres miran con indiferencia el arte ó permanecen sordos á sus clamores. Algunos hay que se honran dando muestras de amarlo y de favorecerlo. Pero sus generosos esfuerzos, como esfuerzos aislados, no bastan á subsanar los males nacidos de las causas que he tenido el honor de exponer.

Allí, donde la educación ha abierto las inteligencias á la aspiración de lo Bello en la naturaleza ó en el arte, el artista puede vivir y soportará con resignación las privaciones y miserias de la vida, porque lucha teniendo fe en su ideal y con la esperanza de ser entendido; porque desde sus primeros años tiene el sentimiento de

la dignidad de su profesión, la considera como un sacerdocio, cuya misión es la de levantar el alma sobre las pequeñeces de la tierra, elevándola á la región ideal y eterna de lo *Bueno*, lo *Bello* y lo *Verdadero*. El artista verdaderamente digno de tal nombre aprecia más que lo entiendan y lo aplaudan, que el dinero que su trabajo pueda producirle; y pocos serán los que hayan llegado á ser célebres, movidos únicamente por el deseo del lucro material.

En cambio, los predestinados, aquéllos en cuya mente vive el *quid divinum* que les permite juzgar la vida material con la sublime indiferencia del genio, esos llegan á la gloria y á la fortuna sin saber cómo ni por dónde, y sin haber seguido más norte que su ideal.

La situación del Arte y de los artistas en España es tan poco lisonjera, que hay momentos en que el hombre reflexivo se pregunta: "Si es posible que un público sensato pueda considerarlos como histriones destinados á divertirlo, á los cuales tiene el derecho de imponer la grosería de sus gustos, colocándolos al nivel de un acróbata ó de un torero, ó si, por el contrario, representa el Arte las más elevadas tradiciones del ingenio patrio en la esfera del sentimiento y de la inteligencia, y son los artistas, por lo tanto, los encargados de mantener y transmitir el fuego sagrado de la inspiración, evitando que en la prosáica lucha de la vida desaparezcan ó naufraguen los sentimientos más delicados del alma, las mil inefables emociones que proporciona una obra artística y que son para las almas elevadas consuelo y compensación en los dolores de la vida."

No; entre los que me oyen, todos piesen seguramente como yo. El arte es sagrado. La inteligencia que creó la admirable figura de Segismundo, ó la del Caballero de la Triste Figura y la de su escudero, como la mano que trazó el lienzo de la rendición de Breda ó la Asunción de la Virgen, bebieron la inspiración en lo más profundo de nuestra esencia; representan nuestras glorias, nuestros sufrimientos, nuestras aspiraciones, cuanto constituye nuestra nacionalidad y nuestro sér. ¿Quién que tenga el sentimiento de nuestra dignidad y patriotismo no ha de rechazar con indignación la idea de que aquella luz se extinga en nuestras manos, de que hayan muerto el entusiasmo y la inspiración en nuestro suelo, de que la brutal sensación venga á sustituir al sentimiento, separándonos del mundo ideal en que viven las figuras inmortales de Julieta, Ofelia, Romeo, Hamlet, Segismundo, Cipriano?

No, el Arte no puede morir: podrá decaer ó quedar obscurecido en la postración de períodos de decadencia; pero la crisis pasará, y como Anteo, sintiéndose con nuevas fuerzas al tocar con sus plantas el suelo de la patria, se levantará más pujante, más grande que nunca, clamando con voz potente: "El arte español no ha muerto, porque es el alma, la esencia de un gran pueblo, y no puede morir mientras alumbren al mundo las fulgurantes antorchas que han sido guía de la humanidad. ¡El Espíritu cristiano y el Genio latino!"

Si los que hoy vivimos no logramos ver tan dichoso momento, conste siquiera que somos muchos los que

en los tormentosos azares de esta perturbada sociedad alzamos nuestros ojos aspirando á la altura de tan grandes ideales; impotentes para realizarlos, pero no para desear que se realicen con todas las fuerzas de nuestro espíritu y de nuestro corazón.

HE DICHO.



